

ANUNCIAR A JESUCRISTO HOY¹

Francisco García Martínez

Proponemos a continuación una reflexión sobre la situación del anuncio de Jesucristo en nuestro contexto occidental desarrollado, así como de sus retos, limitaciones y posibilidades. Intentaremos llamar a las cosas por su nombre, sin someternos a esa forma de hablar que confunde el imaginario espiritual de nuestros deseos con la realidad en la que vivimos. En este sentido, ya de inicio afirmamos que demasiadas veces nuestros análisis y en nuestras decisiones pastorales están presos de una ceguera producida por la presión de una situación que en muchos sentidos nos ha superado, y que negamos con un lenguaje eclesial, verdadero quizá en sus afirmaciones genéricas, pero falso en su relación con la situación concreta. E igualmente negado implícitamente por la concentración obsesiva en determinadas acciones que ya no dan resultado, pero que mantienen la sensación de nuestra entrega al Evangelio.

Por otra parte, creemos que existe un sentimiento de orfandad de liderazgo evangélico que deja a muchos cristianos en la mediocridad por no sentirse interpelados y alentados por vidas apasionadas en su fondo y en su forma por Cristo. Así, las decisiones se reprimen porque nadie se atreve a dar un paso adelante, pues parece que nadie lo pide verdaderamente y que nadie lo anhela, por más que el discurso eclesial lo repita machaconamente. De esta manera se ha producido una situación en la que todo el mundo quiere una Iglesia convertida, pero muy pocos se entregan a formar parte de una Iglesia en conversión.

En este contexto hablaremos del “anuncio de Jesucristo”, que es el tema sobre el que se me ha pedido reflexionar. Este será el tema del que me ocupe que, aun pareciendo lo mismo, no es igual a hablar de “anuncio del Evangelio” o de “anuncio del Reino”, algo que intentaremos apuntar en el desarrollo de nuestra argumentación.

El colapso del anuncio

Nunca la Iglesia ha dejado de anunciar a Jesucristo. Como alguien ha afirmado bastaría que una generación eclesial dejara de hacerlo para que la Iglesia desapareciera sin más ya que la fe, aun siendo un don de Dios, no baja del cielo sin la mediación iniciática de la comunidad creyente. Ahora bien, este anuncio se ha realizado a lo largo de muchos siglos osmóticamente, en una especie de acción inconsciente en las formas de vida de una sociedad que estaba cristianizada, fundamentalmente de manera paralela al proceso de identificación personal y social de los niños. Es así como se sigue realizando mayoritariamente, de forma que lo que podríamos llamar conversiones desde la increencia apenas son un porcentaje significativo. La conversión en este marco se

¹ Amplio aquí reflexiones anteriores que pueden encontrarse en «La novedad del Evangelio», *Nova et Vetera: Temas de vida cristiana* 75 (2013) 5-31; «Nuevos evangelizadores», *Misión joven* 438-439 (2013) 23-30; y «Cuando ya está todo dicho... Retos de la nueva evangelización a la Iglesia cotidiana», *Razón y fe* 1379 (2013) 105-115.

comprende como asunción de un imaginario que ya vive en el interior del sujeto creyente y que se debería desarrollar explícitamente cuando este tome conciencia de implicaciones concretas de presupuestos ya acogidos.

Así las cosas, el cambio de imaginario cultural que se ha producido fundamentalmente con la Modernidad ha sido devastador para la vida creyente, ya que la fe del creyente, que vive de afirmaciones, gestos y opciones morales que buscan expresar lo que podríamos llamar *la mente de Cristo* (1Cor 2,16) en formas religiosas y seculares, siente una ruptura interior entre estas expresiones y la forma de sentir la realidad que le da la cultura en la que ahora habita. Por eso, las afirmaciones de fe, los gestos y los mandamientos normalizados hasta ahora, se encuentran puestos en tela de juicio con preguntas hechas desde una sensibilidad distinta para la que no tienen respuesta inmediata. Esto ha agudizado la tentación, permanente en el cristianismo, de encerrarse en el espacio sacral de sus formas religiosas y palabras doctrinales, como si la vida cristiana coincidiera con este espacio y Dios se revelará precisa y simplemente ahí. Sin embargo, lo propio del cristianismo es su secularidad radical, su sacerdocio común por el que el creyente puede ofrecer su vida concreta como máximo gesto religioso (la vida en Cristo). La consecuencia es que la vida cristiana en sus gestos propios se ha ido haciendo extraña a la vida y la sensibilidad concreta de las personas, de forma que cuando se están perdiendo los gestos de la primera en un grupo siempre creciente de gente esto no es sentido como una pérdida significativa para la vida en sí.

En esta situación los esfuerzos de la Iglesia en la transmisión de la fe se han concentrado en explicar los contenidos dogmáticos de la misma adaptándolos al nuevo imaginario moderno, así como en explicar el significado de los sacramentos. Nada hacía sospechar que esto no fuera suficiente porque se daba por sentado su fuerza de verdad y relevancia en el imaginario interior de una sociedad cristiana. Se trataba y, desgraciadamente, se sigue tratando la iniciación como si fuera suficiente la explicación de los datos y los gestos cuando el problema está en la nueva sensibilidad.

Ahora bien, estos esfuerzos se han topado, de repente, con unos neófitos que hacen *zapping* a los discursos eclesiales, con una sociedad que ha des-naturalizado la normalidad cristiana de la vida, que ha desactivado la vinculación inmediata entre imaginario social e imaginario cristiano. Por tanto, este discurso de 'autoconsumo' en la transmisión de la fe ya no funciona o funciona cada vez menos. Da la sensación de que la palabra eclesial habla *de lo suyo* y, por más que se esfuerza en algunos, no consigue hacerse sentir como *una palabra sobre la vida misma*.

Podríamos hablar así de que el anuncio cristiano se encuentra en una situación de *irrelevancia objetiva*. Es decir, el imaginario social y sus formas no solo ya no coinciden con la propuesta eclesial, sino que esta ni siquiera se siente como una posibilidad de vida a la altura de los tiempos. El discurso cristiano se ha hecho irrelevante por los presupuestos culturales y las formas históricas a las que permanece atado. No se trata de que se rechace. El problema es más hondo, pues ya no se percibe como una propuesta a valorar, ya que permanece fuera del marco cosmovisivo de los nuevos sujetos sociales. Se trata de los que la socióloga Daniele Hervieu-Leger ha llamado *exculturación*. El cristianismo se habría identificado, si se nos permite la comparación, con una cadena de TV de películas antiguas, con una forma de concebir los guiones, las escenas y los planos de cámara que solo funcionan con nostálgicos o con historiadores del cine, y frente a la cual cualquier televidente o bien hace *zapping*, en cuanto se para unos segundos en ella, o bien ya ni siquiera la tiene sintonizada como lugar para ver algo. Y esto, aunque emita clásicos de referencia.

Un presupuesto cultural especialmente significativo hoy es la comprensión del individuo como dueño de sí y constructor de su identidad más allá de maestros preestablecidos y tradiciones dadas. Y lo mismo habría que decir con respecto a las leyes de acción y las instituciones que rigen la vida. Tanto el juicio sobre la realidad, como la forma de insertarse y vivir en ella, quedan determinados por el sujeto mismo, que puede elegir maestros, instituciones o tradiciones, pero sin que se sienta vinculado a ellas por una autoridad definitoria que debiera aceptar y, por tanto, pudiendo renunciar a ellas en cuanto crea que no las necesita o que le limitan. De igual manera, el sujeto se siente dueño para determinar el significado que quiere dar a los actos institucionales en los que elige participar, más allá de que estos tengan un contenido ya definido por la tradición o por su mismo dinamismo. En el ámbito que nos ocupa basta pensar, por ejemplo, en la tensión que se produce entre los sacerdotes y muchos fieles en torno al porqué de la celebración del bautismo, su significado y sus implicaciones, o también en el ámbito de las cofradías.

Por otro lado, la sociedad moderna se ha concentrado en la vida histórica concreta, de forma que lo fundamental es la posibilidad de realización de la propia existencia en el aquí y ahora de la historia (o en el aquí y ahora de mi presente concreto) y, por tanto, se ha desvalorizado radicalmente la perspectiva de un más allá que determinara en algún sentido la vida. Dios, si se hace presente, queda absorbido como una función del aquí y ahora, como un instrumento de la propia dinámica inmanente de la historia y de la vida.

Ante esta situación, una tentación sutil se cierne sobre el anuncio de Jesucristo. Reducir su predicación a los espacios vacíos que deja esta sociedad. En concreto, a los espacios de espiritualidad, sea esta de corte místico o ritual, haciendo de él un líder espiritual, o a los espacios no atendidos por la política, haciendo de él un líder social de la dignidad humana. Nada de esto sería falso situado en un marco mayor, pero nos da la sensación de que en su forma actual cae bajo la denuncia de Bonhöffer de estar ante un Dios (un Jesucristo) *tapagujeros*, que en cualquier momento puede dejar de ser necesario porque se le ha reducido a lo que no es y, por tanto, puede ser sustituido.

Además de esta irrelevancia objetiva, el cristianismo se topa en sus fieles con una especie de apropiación *subjetiva* de la misma. Es decir, con la sensación creyente de no poseer algo de valor, de guardar una joya pasada de moda que ya nadie se quiere poner. Digámoslo desarrollando esta imagen. Quizá una joven reciba y descubra sorprendida y llena de curiosidad una joya que su madre recibió de su madre, pero no se le ocurrirá ponérsela por más que se lleve el *vintage*, porque incluso este tiene sus propias leyes en las que esa pieza ya no cabe.

No es extraño que los cristianos vivan su fe como una realidad quizá valiosa para ellos, pero han desesperado de que sea valiosa para sus hijos y sus nietos... o para sus amigos, conformándose con la frase, bastante triste en este contexto, de que “lo importante es ser buenas personas”. Más aún, demasiadas veces tendríamos la sensación de que el cristianismo pediría un compromiso a nuestras jóvenes y no tan jóvenes generaciones, que sería *de facto* una carga, y ya bastantes tiene la vida. Esto refleja un colapso de la vitalidad de la fe, una forma de cristianismo que no posee fuerza de aliento, de creatividad, de fortaleza, de alegría, de consuelo o esperanza para la vida concreta. Esto hace que el anuncio cristiano, que en estos momentos difícilmente funciona en la forma de transmisión institucional, tampoco posea una fuerza personal de provocación o invitación a la fe.

En esta situación, es necesario asumir que nuestra sociedad ya no es mayoritariamente cristiana, ni en cuanto que posea las verdades de fe propias del cristianismo, ni en cuanto que participe y cuando lo haga viva cristianamente los

sacramentos, ni en cuanto que posea una identificación personal o una implicación social de sensibilidad evangélica. Y, por tanto, la dirección del anuncio de la fe ya no puede tener como referente único, quizá ni siquiera fundamental, una catequesis de niños cuyos padres, y cada vez más los abuelos, están situados en otra esfera cosmovisiva que inhabilita sustancialmente los esfuerzos de la comunidad creyente.

En este contexto, el reto fundamental en el anuncio cristiano de Jesucristo hoy es, en primer lugar, la proposición de la fe al prójimo. No sin razón Juan Pablo II afirmaba que la primera forma de amor al prójimo es ofrecerle la propia fe². Y, en segundo lugar, el dotar a toda palabra y actividad eclesial de una dimensión kerigmática, a saber, de significar con relevancia y de manera interpelativa la vida presente y salvífica de Jesucristo en el discurso de la propia fe³.

A qué llamamos hoy

Para los que se han dejado injertar en una relación viva, dinámica y confiada en Cristo, el hoy apenas es significativo, porque el hoy es su natural presente de vida en el Señor, sin más. Ellos viven su vida en un continuo movimiento de fidelidad donde lo realmente importante no es la forma conseguida o por conseguir, sino la disponibilidad para vivir en cada circunstancia las posibilidades que el momento ofrece a la expresión de Cristo en ellos. En este sentido, la pregunta por el hoy sería hasta qué punto el cristiano está determinado por esta relación.

El problema sobre el “hoy” del anuncio, como apuntaba no hace mucho Fabrice Hadjadj, no debe reducirse ni centrarse en la búsqueda de las nuevas formas de vida cristiana que nacerían de este momento histórico, aunque estas tengan que ser buscadas, sino que debe dirigirse sobre todo a la cuestión del sujeto anunciado⁴, a la presencia salvífica actual de Cristo ante el sujeto, ya que demasiadas veces el “descristiano o incristiano” ya cree saber quién es Jesucristo y está de vuelta de una relación abierta con él, pues lo sentiría como sobrepasado o asumido ya en las posibilidades que habría ofrecido y, por tanto, innecesario. La cuestión del hoy en nuestro mundo occidental remitiría pues

² *Novo milenio ineunte*, 50.

³ Se trata de aquella forma que adquiere la primera carta de Juan (1Jn 2, 12-17) cuando su autor afirma que repite lo que ya saben para suscitar una adhesión más profunda frente a la situación de debilidad en la que se encuentra la fe en un mundo hostil a la misma. Es importante concienciarse de que “*Dios es siempre ‘iniciático’*, es decir, uno que inicia o que provoca una iniciación. La teología y lo mismo cabría decir para toda palabra eclesial debe ser por tanto una pedagogía espiritual y el cristianismo la religión que enseña el descubrimiento cotidiano de Dios” (M. P. Gallagher - G. Palasciano, *Credere e non credere. La fragilità della fede nel mondo di oggi*, Bologna 2017, 123). Xavier Morlans cita, en relación a esta cuestión, la advertencia de Karl Rahner y Karl Lehmann de que “no es correcto afirmar que el kerigma es solo la proclamación del Evangelio a los no cristianos. El kerigma debe ser anunciado una y otra vez para que se realice la presencia de Dios tanto en el seno de la misma Iglesia como en las fronteras de su acción misionera” (“¿Se puede hacer el primer anuncio por espolvoreo? El primer anuncio, respuesta a algunas reticencias”, en: Instituto Superior de Pastoral, *Invitación a la fe. XXIV Semana de Estudios de Teología Pastoral*, Estella 2013, 166). Es justamente aquí donde el cardenal Koch afirma la existencia de una “parálisis transversal” en la vida cristiana («¿Misión o des-misión de la Iglesia?», en: G. Augustin, *El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe*, Maliaño 2012, 41).

⁴ Cf. F. Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Anti-manual de evangelización*, Nuevo Inicio, Granada 2013, 29-32: «La circunstancia temporal».

a una cuestión radical que afecta tanto cristiano como al posible receptor de su anuncio: ¿Dónde encontrar y como suscitar la sensación de *presencia y novedad* que ni el no cristiano ni el cristiano tienen respecto a Cristo? Así pues, el anuncio debe constituirse hoy como una provocación de vida nueva no solo para el *gentil*, sino también para el *apóstol*, y hasta que esto no sea así no habrá posible renovación del anuncio.

Ahora bien, nos gustaría apuntar dos características de este hoy histórico, que creemos importante resaltar. En primer lugar, el hoy debe pensarse como un hoy personal del creyente bajo la presión de ese refrán que dice: “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”. Hemos de dejar de engañarnos. No se evangeliza hablando, leyendo, reflexionando o escribiendo sobre la evangelización. Se evangeliza hablando al vecino, al prójimo concreto, de nuestra fe y las posibilidades que nos da, de la esperanza que suscita en nosotros, del consuelo que ofrece a nuestras lágrimas, de la fuerza que da a ese afán por hacer las cosas bien, con justicia, cuando veamos que podría ser una posibilidad del Señor para él⁵.

Por eso, como afirma Xavier Morlans, frente a las sospechas de proselitismo con la que una determinada concepción del cristianismo ha embadurnado todo ofrecimiento de la propia fe, no se evangeliza solo por espolvoreo, es decir, dando un testimonio de amor sin palabras, sin propuesta e invitación concreta. Si no lo hacemos quizá hayamos desesperado de que el encuentro con el Señor sea tan bueno como afirmamos en nuestros discursos *ad intra*; o bien que este Señor no es sino una personificación expresiva de los valores o una energía espiritual que no tiene forma, pero vitaliza todo porque coincide en el fondo con todo; o bien que la forma jesuana en la que nosotros conocemos a Cristo no le pertenece propiamente⁶.

Así pues, el hoy es, en primer lugar, la vida concreta de familia, de calle, de trabajo, de entretenimiento, donde nosotros nos dejamos ver en lo que somos, atravesados transversalmente por nuestra fe como posibilidad salvífica que vivimos con naturalidad y con naturalidad expresamos y ofrecemos.

Pero, en segundo lugar, está la dimensión cultural del hoy. Lo que podemos llamar el derrumbe del cristianismo en la forma en la que lo han conocido los últimos siglos. De estar nucleando la vida social ha pasado a vivir en las periferias socioculturales. El discurso de las periferias que ha puesto en circulación el papa Francisco vale solo como imagen para determinados aspectos de la vida eclesial. En el occidente secularizado

⁵ “No son las grandes masas, sino los creyentes individuales quienes, en virtud de una convicción extraída de la lógica interna de la fe, se muestran dispuestos a dar razón con contagiosa alegría de la esperanza que los sostiene”, afirma George Augustin en la introducción a la obra *El desafío...*, 17. La afirmación es sostenida en el interior de la obra, tanto en la reflexión de Walter Kasper (37) como en la de Kurt Koch que dice: “El medio decisivo de la irradiación de Dios son más bien los propios cristianos y cristianas que viven de forma creíble su fe y prestan así al Evangelio y un rostro personal” (86).

⁶ “No gusta el carácter *interpelativo o provocativo* de la propuesta. Parece que está más acorde con el contexto actual de pluralismo, democracia y tolerancia dejar caer los mensajes que cada cual quiera dar *por espolvoreo*, pero sin buscar un bis a bis, un encuentro frontal en el cual, en este caso, el cristiano le dice a su interlocutor algo así como: ‘¿Por qué no pruebas a dirigirte personalmente a Jesucristo con una oración tan sencilla como esta: *Jesucristo, si existes, haz que te conozca?* Tampoco gusta parecerse a las sectas y grupos agresivos que abordan a las personas con métodos directos” (Cf. X. Morlans, *¿Se puede hacer...*, 162-163)? No estaría de más recordar que el proceso de conversión tanto de Madeleine Delbrêl como de Etty Hillesum tienen que ver con esta pregunta básica.

estamos claramente en las periferias de la cultura dominante. El mismo Papa lo afirmaba en su discurso en el Congreso Internacional de la pastoral de las grandes ciudades: “Hoy no somos los únicos que producen cultura, *ni los primeros, ni los más escuchados*”⁷. La población procedente de nuestra antigua sociedad cristiana está desencantada, descontenta con él, lo que ha producido un proceso, que se ha ido acelerando, primero de deserción y ahora mismo de denuncia casi indiscriminada identificando al cristianismo con una fuerza retrógrada y manipuladora de la sociedad. Si hace no tanto la Iglesia se proponía a sí misma como “maestra de humanidad”, esto ha pasado a ser *de facto* un simple discurso de autoconsumo, ya que se la considera más bien como una abuela con alzheimer que solo recuerda su pasado repitiéndolo obsesivamente o, peor aún, como una cueva de bandidos. Hay que decir que, si bien este no es el discurso mayoritario cuantitativamente, creemos que lo es cualitativamente, es decir, el sostenido habitualmente por las fuerzas culturalmente dominantes. En este hoy, el cristianismo debe volverse a lo humano básico y desde ahí reconstruir, no solo teóricamente (en lo que se ha trabajado concienzudamente), sino en la práctica de la fe, la forma de vivir la fe *en Cristo* como configuradora de los dinamismos humanos. En este sentido creemos que apunta el papa Francisco cuando decía, interpretando la afirmación de que es necesario promover el desarrollo integral del hombre a la luz del evangelio: “La humanidad es la clave distintiva para leer la reforma. La humanidad llama, interroga y provoca, es decir, llama a salir y no temer al cambio”⁸.

Me permito sugerir la reflexión sobre tres textos de la Escritura que quizá puedan situarnos en el hoy con una orientación concreta.

El primero es Ageo 2,1-9. Ya de vuelta del destierro y con la memoria del esplendor pasado el templo, el pueblo entra en un estado de melancolía paralizante, pues su obra es demasiado lenta y pobre, para lo que ellos habían imaginado en sus expectativas. En este contexto la voz del profeta es una voz de ánimo, tanto para el rey, como para el sumo sacerdote y el resto del pueblo, ya que todos parecen contagiados por esa melancolía difusa y paralizante. El profeta recoge las sensaciones que habitan en el corazón de todos para invitarlas a la fe: “*Ante el recuerdo del antiguo esplendor del templo, ¿no os parece que el de ahora no vale nada?* Pues ánimo, la gloria del segundo templo superará la del primero”. Ahora bien, ¿qué es lo que necesitaríamos para que la fe renazca: un nuevo Ciro, un Herodes, un Constantino que ofrezcan protección y construyan el nuevo templo? No hemos aprendido que es Cristo en su dinamismo pascual el que define la verdad de la realidad. Hemos de reconstruir el imaginario de nuestra presencia creyente que sabe afirmar su vocación de grano de mostaza o levadura, pero que tan difícil le es vivirlo en esta cultura inmanentista que nos habita también como creyentes. En este sentido conviene rescatar la atinada afirmación de Hadjadj: “El esfuerzo desesperado por dejar huellas a todos los niveles es exactamente lo contrario de la atención que se requiere para perfeccionar una obra. Porque la obra no es el resto de una vida difunta. Es, más bien, la semilla de una gloria venidera”⁹.

El segundo texto es el de Jeremías 1,11-19. El Señor pregunta al profeta: “¿Qué ves?”. Y al ofrecer a su mirada una rama de almendro (tierna, siempre vulnerable, pero bella, anticipadora de la primavera) pone en su corazón la forma de vida creyente

⁷ *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional de la Pastoral de las Grandes Ciudades* (27 de noviembre de 2014). El subrayado es nuestro.

⁸ Francisco, *Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas* (21 de diciembre de 2019)

⁹ F. Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 144.

añadiendo una promesa: “Yo velo por mi palabra para cumplirla”. A partir de ese momento la siguiente visión es la de una olla hirviendo que se vierte destruyendo la vida que parecía protegida por la promesa de Dios. Y ahí se reafirma la promesa: “Cíñete los lomos, no te podrán”. El enemigo mayor es entonces la falta de fe al contacto con los poderes del mundo que se imponen sin dejar apenas espacio visible para Dios y su acción. Es en este contexto en el que Jeremías comprará un campo que se va a perder por la invasión como signo de que Dios dará un futuro que es realmente difícil de imaginar en dicha situación. Esta olla hirviendo es hoy mismo sentida en quiebra de muchas obras de las congregaciones que ya no son los que fueron, que no se pueden sostener, que no son valoradas... y lo mismo se puede decir de las diócesis, de las parroquias. ¿Qué significará hoy para nosotros comprar un terreno que parece que se va a perder? ¿No debemos mirar al sacramento eucarístico y ver en él la rama de almendro frágil, tierna, amable, que anuncia la vida también cuando se pierde? Y desde él, ¿no debemos hacernos fuertes para ofrecer la vida evangélicamente como esperanza para el mundo, cuando este tiene sus propios ritmos en los que muchas veces, cada vez más al menos durante un tiempo, no quepamos ni seamos significativos?

El último texto es el de 1Re 19,18. Se trata de un versículo impactante en el que Dios hace ver a Elías, que se había creído el único que sostenía en pie la fe en el Dios único, que existían 7000 que no habían doblado la rodilla ante los ídolos ni lo habían besado con sus labios. Creo que es importante aprender a ver a Dios más allá de las fronteras con que lo definimos en nuestras instituciones. El designio salvífico de Dios se expresa y ofrece sacramentalmente en la Iglesia, pero es más abarcante, ya que abraza la creación y la historia entera. En este sentido, Dios está inscrito en los dinamismos humanos de la fe, la esperanza y la justicia, y en ellos se expresa por doquier. “Si sabéis que Él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él”, dice la primera carta de san Juan (2,29). Por eso, la evangelización comienza abandonando el ceño fruncido que crea esa conciencia de que sin nosotros el mundo y Dios se frustran, que no es sino un intento de dominio del mundo y de Dios; comienza con la alegría de ver cómo el Reino de Dios brota aquí y allí. A nosotros nos toca anunciarlo en sus signos viviendo del signo máximo donde se realiza que es la vida y pascua de Cristo. Más aún, muchos de los que hoy no están con nosotros en la comunión de la fe, pero marcan el mundo de nuestro alrededor con la ternura, la esperanza y el compromiso de sus vidas, creemos que también son fruto de la acción de Dios. A veces a través de la visión y los valores con los que la historia del cristianismo ha dejado marcada la cultura de occidente. Aceptar humildemente que ahora actúan también y a veces con más fuerza desde fuera quizá pueda acrecentar nuestra propia humildad, ya que es Dios el único que salva y dirige su designio de salvación, e incluso nuestra alegría por su acción.

Anunciar

El anuncio creyente comienza siempre por un signo que se ofrece. “Si yo *expulso demonios* -dice Jesús- es que el Reino de Dios está entre vosotros” (Mt 12,28). “*La mesa está puesta*, id, salid a los caminos, invitad”, comenta una parábola (Cf. Mt 22,9). Sin signos el Reino o la salvación, como queramos decirlo, es una entelequia no cristiana, ya que lo propiamente cristiano es el ofrecimiento de la carne transfigurada a través de signos performativos. En este sentido, lo verdaderamente necesario para el anuncio no es la implicación en el propio anuncio, sino la implicación en la vida cristiana como signo que habla y se ofrece como espacio táctil de la invitación del Reino. Esto es así en Cristo y debe ser así en la Iglesia.

Pero conviene deshacer un problema de comprensión que afecta a la interpretación del anuncio. La Iglesia existe para continuar la misión de Cristo. Como alguno ha subrayado: la Iglesia no tiene una misión, más bien, la misión (de Cristo) tiene una Iglesia para realizarse. Ahora bien, ¿qué contenidos tiene esta misión en cuanto anuncio del Evangelio? La misión de Cristo tiene, podríamos decir, dos dimensiones que deben ser realizadas de continuo por la misma Iglesia. En primer lugar, Jesús da cuerpo a la actual y definitiva bendición escatológica de Dios que sienta a su mesa a los excluidos y que ofrece la oportunidad a todos de renovar la propia vida si acogen la sorprendente y sobreabundante misericordia de Dios que no da a nadie por perdido. En este sentido, la misión de Cristo es dar signos de la sobreabundancia de Dios sobre el pecado y la muerte a través de la donación de vida y de la propia vida, sobreabundancia que se hará irreversible en su muerte y su resurrección *pro nobis*.

La segunda dimensión de su misión, asociada a la primera, es la configuración de un cuerpo extenso históricamente (espacial y temporalmente) que exprese esta acción última y definitiva de Dios para todos en todo tiempo y lugar. Es aquí donde aparece la llamada a los discípulos a configurar su vida con él. Con ellos Jesús quiere extender el signo de la bendición escatológica de Dios. Para ello crea una comunidad que pueda vivir, celebrar y compartir la misma vida de Dios testimoniándola mientras llega para todos (Jn 17, 21-23). Y por ello estos tendrán no solo que repetir la vida de Jesús, sino celebrar y anunciar su muerte y resurrección, su identidad como sello definitivo de esta bendición. Esto sería lo que el concilio Vaticano II ha llamado sacramentalidad de la Iglesia.

Así pues, Jesús en su anuncio del Reino (del Evangelio) y la Iglesia, en su misión de hacer presente este anuncio de gracia para todos, aparece como un *cuerpo* de bendición y un *espacio* de bendición. Cuerpo que bendice y cuerpo que integra. No es posible abandonar ninguna de estas dos dimensiones y, a la vez, es necesario mantener su distinción en un mundo que nunca coincidirá con el cuerpo eclesial (histórico) de Cristo. Si la Iglesia optara en exclusiva por la primera sin llamar al discipulado y a la comunión eclesial, habría tomado a Cristo por una terapeuta social cuyo don mayor son las cosas que da y no su propia vida compartida, como afirma el Jesús joánico: “A vosotros os he llamado amigos para que vuestra alegría llegue a plenitud” (15,9-17). Si se quedara con la segunda, creyendo que la misión solo es la convocatoria al discipulado y a la vida eclesial, habría perdido de vista la fragmentariedad y contradicción del mundo, su procesualidad e incluso el carácter misterioso con que Dios se revela e incluso se oculta en él. Terminaríamos creyendo que la historia coincide con la construcción de una cristiandad.

El anuncio retenido y su liberación

Como comentábamos al inicio, el anuncio del Evangelio está retenido, colapsado por una vivencia del mismo en la que se han desactivado sus recursos vitalizadores cayendo en una forma sistémica que se vive no como elección de vida, sino porque pertenece a un imaginario que nos constituye culturalmente. No se percibe de él su propuesta de aventura salvífica en la que el mundo y la propia vida se renueven con una riqueza permanente, también en lo que toca a su capacidad de consuelo, de energía de resistencia y compromiso frente a la contrariedad y el mal.

En este sentido, tenemos en muchos casos una especie de cristianismo *zombi*, vivo en sus inercias, pero falto de afectos, sentido, capacidades renovadoras, proyectos... Y aunque la imagen pueda parecer un poco exagerada, ya que este cristianismo vale para

muchos de las generaciones que ya nos dejan, parece ser así percibido por las que nos encuentran.

La razón de fondo es que el imaginario social que había tomado como base expresiva ha dejado de existir y frente a la nueva sociedad quedarían solo dos posibilidades: por un lado, la actitud de Job que debe mantener la fe sin una comprensión de cómo vivirla, ya que no tiene sentido desde su antigua comprensión, y lucha agónicamente con Dios; o bien, la actitud de sus amigos que quieren mantener el sistema a toda costa, aunque no diga nada y parezca falso al creyente que pregunta desde la vida real. Seguramente ha sido Charles Taylor quien, en su obra *La edad secular*, ha reflexionado mejor sobre esta situación. Es el imaginario social el que ha cambiado haciendo que las creencias no encuentren lugar de asiento, ya que este imaginario, como dice Imbelli remitiéndose a él, “son las imágenes y las historias que despiertan nuestra imaginación y configuran nuestra sensibilidad, los conocimientos y las prácticas que hacen plausibles nuestras creencias”¹⁰.

Ahora bien, ¿cuál es esta nueva forma de mirar el mundo, la historia y la propia identidad? Si, en positivo, podemos decir que se expresan en la protección de los derechos individuales en tanto que inalienables, la tolerancia, la libertad de conciencia por un lado y la sensibilidad y el afecto como lugares de aprehensión y comprensión de la realidad; en negativo serían el individualismo desenfrenado, el desarrollo de un yo impermeabilizado y solitario, y el consumo frenético como forma de experimentar la realidad de la vida. En este marco el cristianismo ya no se puede ofrecer como sistema en el que integrarse sin más, al menos como un lugar sugerente. Es necesario recuperar el cristianismo a partir de su lugar constitutivo: el encuentro con un Dios histórico, no solo razonable sino vivo y vitalizador, un Dios que ofrece futuro de vida y no un marco prefigurado de vida. Gabriele Palasciano, en un diálogo con Michael Paul Gallagher y haciendo referencia a la propuesta teológica de Elmar Salmann, ha comentado como este autor “parte de la *vivilidad* de la fe más que de su *credibilidad*”¹¹. Hay que preguntarse, por ejemplo, si la vida de la Iglesia, y no simplemente su doctrina, es un lugar a la altura de los tiempos para el desarrollo de las posibilidades de vida plena de los laicos, especialmente de las mujeres. Pues lo que el cristianismo ha ofrecido siempre no es un sistema de salvación gnóstico, sino un cuerpo sacramental donde poder vivir y expresar su camino hacia la *plenitud* de Cristo.

Así pues, es necesario exponer la doctrina a la nueva cultura, es decir, hacerse vulnerable a ella como Cristo hizo con su divinidad al entregarse a vivir en nuestra carne. Esto supondrá seguramente adoptar formas nuevas. El anuncio de Jesucristo supone de esta manera una movilización de la fe práctica de la Iglesia que lo anuncia. Sin ella, el cristianismo no tiene nada que hacer. Si se quiere “dar la Palabra” hay que “dar la palabra” y acogerla para ensanchar el cuerpo crístico. Todo lo demás será, como afirma tantas

¹⁰ R. P. Imbelli, *Reavivar la imaginación crística. Meditaciones teológicas para la nueva evangelización*, Maliaño 2017, 26. Toda la introducción del libro apunta atinadamente esta situación con breves sugerencias para afrontarla: «Charles Taylor y el papa Benedicto XVI: la fe hoy» (25-37).

¹¹ Cf. M. P. Gallagher - G. Palasciano, *Credere e non credere...*, 122. En la fe cristiana -le responde Gallagher- existen elementos preciosos [...] Por eso, es necesario hacer brillar nuevamente estos elementos, redescubriéndolos y *haciéndolos vivibles*” (El subrayado es nuestro). En esta misma línea, comenta Fabrice Hadjadj que “si no llegamos a ser, partiendo de la misa, pero fuera de la misa, una comunidad *viviente, pensante, danzante y hospitalaria*, por mucho que hablemos la lengua más persuasiva, solo llegaremos a los cerebros, no conmovemos las almas” (*¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 130. Los subrayados son nuestros).

veces el papa Francisco, mero proselitismo. Se trata, pues, de dar a luz un cristianismo que no se protege de la nueva cultura construyendo una contra-mitología frente a la modernidad que subraye su decadencia, sino que sabe afirmarse *en* el interior de esta nueva cultura renovándose él mismo y ofreciendo así una renovación (salvación) plausible de la vida moderna y posmoderna.

Este diálogo, que ya proponía la *Ecclesiam suam* (1964) como forma eclesial, debe realizarse, además, como bien ha apuntado san Juan en su evangelio, *en el contexto de un encuentro vivo con Cristo*, un encuentro que desanuda los miedos en unos y sobrepasa la comprensión que tenían de Jesús los otros, en este caso, Tomás (Jn 20,24-29).

Reaprender el cristianismo para anunciarlo

Vemos, pues, que es necesario re-aprender (re-aprehender) el cristianismo, que quizá como Lázaro no está muerto, pero al que los que le quieren deben quitarle las vendas para que se reconozca la vitalidad nueva de su propia carne. O que quizá, como *el caballero de la armadura oxidada* de Robert Fisher, a fuerza de vestirse de salvador ha olvidado ya la salvación de su propia carne. Proponemos tres elementos de esta renovación del cristianismo desde la que activar el anuncio.

El primero es *la liberación del lenguaje*, que significa antes que nada sacarlo de su prisión religiosa y del discurso de autoconsumo. O, dicho de otra manera, mezclarlo con la vida no hecha, no sometible a un sistema o marco predefinido. Es necesario en este sentido, volver no solo al lenguaje narrativo, sino más allá de él al lenguaje poético, metafórico, parabólico que genere el encuentro con los movimientos interiores del deseo humano, que cree espacios a la imaginación, ya que el cultivo de la imaginación “es capaz de producir un encuentro transfigurador” para el que apenas tiene capacidad el concepto o el sistema. “Cuando el Espíritu atrapa nuestra imaginación, se reconfiguran nuestros deseos, esperanzas y valores, la forma que tenemos cada uno de ver el mundo; en definitiva, toda la vida humana. Por lo tanto, redescubrir la imaginación es un paso importante para aprender a responder a lo que Dios está haciendo en nuestras vidas y a nuestro alrededor”¹². Y, claro está, para ayudar a intuirlo a otros.

Este encuentro del Evangelio de Cristo con los dinamismos humanos tiende a *interrumpirse*, por un lado, por discursos y propuestas eclesiales demasiado hechos, sistémicos doctrinal, moral o espiritualmente, o bien, a *ahogarse* en una deriva afectiva que se traga la verdad cristiana antes de que llegue a exponerse en lo que es.

Se trata de adquirir un lenguaje que abra mundos por hacer y que sostenga la dignidad de la vida en los mundos (exteriores e interiores) deshechos. Un lenguaje que sitúe al oyente bajo la complacencia de Dios y su promesa de vida que le invita a entregarse a una aventura por descubrir, pero que ya se revela *semper maior* que la vida dada. “Cuando, en lo sucesivo, el enviado de Dios traiga sus mandamientos, no puede hacerlo de primeras a la manera de un moralizador que refrena los apetitos malvados, sino como un zahorí que libera las aspiraciones ocultas en lo más profundo”¹³. Necesitamos un lenguaje, y una praxis eclesial acorde a él, que diga que ser cristiano no es utilizar una parte del pensamiento en ideas cristianas y una parte de la vida en actividades cristianas (sean religiosas o morales), sino una forma de sentirse y de vivir, de identificarse y de identificar a los demás, de ser afectado en el núcleo donde se gestan los dinamismos de la vida por

¹² Esther de Waal, *Invitación al asombro. El arte de la mirada espiritual*, Salamanca 2007, 33.

¹³ F. Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 94.

la presencia sobreabundante de la misericordia salvífica de Dios que nos ofrece en Cristo su misma vida de forma irrevocable y, con ello, elimina el miedo a los demás a nosotros mismos. El Evangelio así se ancla en lo más básico y profundo de la vida y, de esta manera, puede ofrecerse como su salvación.

El segundo elemento es *liberar las dudas, la fragmentariedad, la procesualidad*. Acoger estas situaciones como parte de la vida cristiana que se ofrece, ya que no ofrecemos un Evangelio simplemente hecho en el que integrarse, sino un Evangelio en construcción, que debe acoger la carne de la historia y la nuestra para dar de sí como salvación consumada. La inmensa reflexión que a lo largo de los siglos ha realizado el cristianismo sobre su propia propuesta, sus propios presupuestos y la configuración de su realización¹⁴ han tenido como efecto secundario la comprensión del mismo como un todo ya dado, como un sistema social, intelectual y espiritual de vida en el que integrarse. Sin embargo, la propuesta de Jesús y la de la primera Iglesia es la de entrar en su mismo ser y conciencia para, recibéndolo, configurar una vida siempre en sobreabundancia sobre sí misma desde lo propio de cada vida y cada momento histórico. La vida cristiana es así un continuo discernimiento *por, con y en* Cristo, en el contexto de una comunidad que, es verdad, ha ido reconociendo callejones sin salida de la vida humana y formas básicas de vivencia de la misma, pero que tiene como relación fundante la fragmentariedad de la vida histórica de Cristo que ha sido en su resurrección puesta por Dios como punto de fuga de la configuración del mundo y de la historia. Es de esta plenitud, a la vez conocida y desconocida, de la que hemos y vamos recibiendo gracia sobre gracia (Jn 1,16). Esto significa que la vida cristiana posee un componente de aventura que hay que liberar en el corazón de la vida creyente. Una aventura que se asienta en el impulso denso de la llamada de Cristo, y que se realiza según las intuiciones, esperanzas y talentos de cada creyente y cada comunidad creyentes, y que está atravesada por una procesualidad que requiere paciencia pues debe vivir de continuo en un desierto que sabe a tierra prometida solo en signos sacramentales. Un proceso lleno de dudas y también de fracasos. Un proceso en el que la Iglesia expresa el Evangelio de forma fragmentaria, incluso cuando posee la promesa de acompañamiento de Cristo y del impulso protector interior de su Espíritu.

Es a partir de esta autocomprensión, cuando el oyente del anuncio percibe que es llamado a participar en un proyecto en el que tiene algo que decir, en el que su vida es tomada en consideración, en el que existe siempre lo nuevo. En el que, como decíamos, se le da la Palabra para que sea también su propia palabra. No todo está dicho, aun teniendo la Palabra de la vida, no todo se sabe; aun poseyendo la verdad salvífica; no todo está hecho, aunque tengamos ya nuestra morada abierta en el cuerpo resucitado de Cristo. Es esta humildad creyente la que posibilita no solo el anuncio, sino igualmente el acrecentamiento de la vida cristiana de la Iglesia.

Es importante notar cómo los discípulos, mientras caminaban con Jesús, fueron enviados e iban compartiendo ya en su nombre el anuncio y la bendición de la soberanía de Dios que Él traía para todos. Y esto aunque no entendieran muchas veces la sustancia última del Reino o incluso no supieran responder a las preguntas de sus contemporáneos¹⁵. En este sentido, la marca de la vida cristiana sea la de sorprenderse y acoger la llamada de Cristo, aventurarse en su seguimiento, compartir el consuelo, la esperanza y la alegría que produce, adentrarse más en su espesura, unirse más a los

¹⁴ En este sentido, hay que decir que ninguna otra expresión de la religiosidad humana ha realizado este trabajo sobre sí misma.

¹⁵ Es curioso cómo, por ejemplo, en Mt 9,10-13, la pregunta dirigida a los discípulos sobre la acción de Jesús no es contestada por ellos, sino por Jesús mismo.

hombres, compartir y ofrecer la vida, entregarse pascualmente a su consumación nunca histórica... en una circularidad continua.

Cuando nuestra cultura tiene como una de sus características la individualización innegociable de la identidad y está marcada por una enorme susceptibilidad frente a todo sistema que la predefina, solo un cristianismo que se redescubra como llamada personal a la configuración de una aventura personal podría revitalizar los elementos que se han oscurecidos por su inserción en un sistema que hoy por hoy, más allá de su fecundidad en otros momentos históricos, se han invisibilizados.

El tercer elemento es *liberar(se) del miedo a la Iglesia y del miedo al mundo*. Antes de nada, liberar del miedo a la Iglesia concreta y su pecado. Parecemos vivir desde hace un tiempo en una especie de esquizofrenia. Por una parte, hemos recuperado el anuncio de la misericordia de Dios que confía en nosotros incluso cuando somos pecadores, y hemos redescubierto que este anuncio nos libera de la prisión que el pecado nos impone haciéndonos creer que somos indignos de la vida de Dios obligándonos a vivir escondidos de él. Cristo revela esta tiniebla con la que nuestro pecado tiende a separarnos de Dios, y desactiva esa niebla que no nos deja ver que, incluso envueltos en el pecado, Dios puede obrar en nosotros su designio salvífico (Jn 21,15-19). Sin embargo, el afán de fidelidad y reforma en la Iglesia parece estar dando como efecto secundario, cuando afrontamos el pecado concreto de la Iglesia y de sus estructuras una especie de sentimiento de rencor que nos sugeriría que parecería imposible desarrollar la vida cristiana en ella y que lo propio sería abandonarla para vivir el evangelio.

Esta argumentación, de la que muchos participamos inconscientemente, está alimentada en su fondo por un tipo de discurso profético, necesario en la vida eclesial, que partiendo de la voluntad de ayudar a la Iglesia a purificarse, se desliza hacia una crítica en la que se percibe más miedo al pecado de la Iglesia que fe en la promesa de Dios, y una especie de resentimiento contra la Iglesia por no ser perfecta (a veces un resentimiento proyectado desde el malestar por la propia imperfección o de impotencia frente a la dureza de un mundo que no se deja transformar). La liberación del miedo a una Iglesia pecadora que creemos necesario supone que, sin justificar el pecado y luchando contra él, especialmente el estructural, aprendamos a convivir con él a partir de una misericordia de Dios que no solo lo perdona, sino que sabe utilizarlo para bien, generando humildad, compasión y benevolencia en la misma Iglesia y en el creyente, fiel a Dios, debe anunciar al mundo el evangelio de la gracia (Jn 21,15-17).

Ahora bien, es necesario pronunciar el pecado para integrarlo, es necesario pronunciar el propio pecado ante el Señor y algún otro, para integrar el pecado de la Iglesia y del mundo compasivamente. De hecho, la Iglesia no ha sido llamada a anunciar solo la propia parte del Evangelio que cumple, de forma que no fuera tachada de hipócrita. Es precisamente cuando hace esto cuando cae en la hipocresía frente al mundo, ya que solo exhibiría su mejor parte y no la obra de misericordia de Dios con ella, sacramento de su obra con todos. Este necesario discurso paradójico es el que desarrolla la primera carta de san Juan. En ella uno no sabe si está acusando a los creyentes de ser hijos del diablo porque participan aún del pecado o si se les está diciendo que no se desanimen frente a él, pues tienen un intercesor mayor que su propio corazón intransigente.

A la vez, la Iglesia debe liberarse del miedo al mundo, lo cual no significa una especie de confianza en Dios frente al mal que estaría en los otros, ya que, aceptado el propio pecado eclesial y personal, serán siempre sentidos como hermanos de pecado y de gracia. Se trata de liberarse del deseo de eficacia y poder frente al mundo, aunque sea para salvarlo. El Evangelio apenas cabe en las estructuras del mundo y así será hasta el final

de los tiempos, donde, como afirma el Apocalipsis, el anticristo seguirá actuando con poder incluso en el interior de la Iglesia. Es necesario integrar en la vida cristiana, ahora que está en un momento de decadencia, la lógica de la espiritualidad pascual, donde la irrelevancia, la impotencia, e incluso el juicio del mundo puede llegar a vivirse en una soledad que se pregunte por la propia razón de ser de la vida cristiana, de la justicia y de Dios mismos. Y donde sólo queda aferrarse a la cruz y en ella alimentarse de la misma fe de Cristo que soportó la contradicción del mundo con una obediencia que se hizo testimonio de la misma vida de Dios para el mundo.

Es necesario, salir de un cristianismo burgués que ha recuperado la teoría teológica de la retribución immanente y ha insertado en su comprensión el principio político-económico moderno de la acción histórica eficaz como valor único. Hay, pues, que recuperar para la espiritualidad de la vida creyente y del anuncio la afirmación paulina de la necesidad de completar en nuestra carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo (Col 1,24). El cardenal Kasper, refiriéndose a esta cuestión, afirma con lucidez: “Aun cuando hablemos con imaginación, con corazón y de forma razonable, no debemos aferrarnos a la ilusión de que en el futuro podrá existir una relación armoniosa, una síntesis de la Iglesia y cultura, de fe y saber. Tampoco en el pasado ha existido semejante armonía: en este mundo, no puede darse por principio. El Evangelio siempre desentona, y también en el futuro los poderes hostiles a él levantarán la cabeza y le opondrán enconada resistencia [...] No debemos temer al conflicto ni eludirlo. La evangelización se lleva a cabo bajo el signo de la cruz”¹⁶.

Como puede intuirse, detrás de esta tercera liberación, está ese camino eclesial de la comprensión, de la intercesión y la acogida a los ‘pecadores’, sin la cual el anuncio deja de ser cristiano, aunque ofrezca los contenidos de su doctrina.

Al final de este apartado se hace evidente hasta qué punto el anuncio requiere de un cristianismo renovado, de un cristianismo que se desnude humildemente de los ropajes exuberantes de su historia para ofrecerse en la carne crística que le constituye¹⁷. El Señor nos ha visto y elegido cuando estábamos debajo de la higuera (Jn 1,45-51) prometiéndonos que veremos cosas admirables, la primera de ellas y no la menor, es que se haya fijado en nosotros cuando estábamos desnudos debajo del árbol, ¿escondidos? (Gn 3,3-7) para vestirnos de su propia gloria (Gál 3,27). Es a este lugar donde continuamente hemos de volver, a este desierto donde se renueva su seducción, donde reaprendemos lo que somos y lo que es Él para nosotros, porque es esto lo que anunciamos: cómo cubre la desnudez y la vergüenza con su amor¹⁸.

A Jesucristo

Anunciar a Jesucristo, venir a Jesucristo. Esta es, finalmente, la doble cuestión. Como se va haciendo visible en nuestro discurso las dos cosas van de la mano. El salto hacia adelante que necesitamos en el anuncio solo será posible si va acompañado de un salto

¹⁶ «La nueva evangelización...», 31.

¹⁷ “La evangelización de los cristianos, de todos los cristianos, tendría que consistir en ir más allá de la enseñanza inicial sobre Cristo (cf. Hb 6,1-3) para forjar cristianos maduros que estén a la altura de la madurez de Cristo (cf. Ef 4,13). Solo una Iglesia en estado de conversión, en movimiento perenne de retorno al Señor, puede acoger en su seno a hombres y mujeres que, tocados por el anuncio del Evangelio, respondan a la llamada del Señor con toda su vida” (E. Bianchi, *Nuevos estilos de evangelización*, Santander 2013, 16).

¹⁸ Anne Lécu, *Has cubierto mi desnudez*, Madrid 2019 (En francés, *Tú as couvert ma honte*).

hacia adelante en la propia vida cristiana. Este salto, afirma Kasper, “no es un viaje sorpresa... Es cuestión de regresar a las fuentes, de retornar a los orígenes, al Evangelio. O como propuso el papa Juan Pablo II en el año Jubilar 2000 como programa para el tercer milenio: se trata de *ripartire da Cristo*, de comenzar de nuevo desde Cristo”¹⁹.

En esta vuelta es importante no quedar atascados por la sospecha de la teología liberal del s. XIX que puso en marcha H. S. Reimarus a finales del siglo anterior y que se ha convertido en una fórmula de conciencia de nuestra cultura, incluso entre los creyentes. Fórmula que afirma que la identidad de Jesús como Señor e Hijo de Dios predicada por la Iglesia y, por tanto, la identificación entre Evangelio y persona de Jesús es falsa, y que lo que sería asumible de él (lo que sería verdadero verdaderamente) es el anuncio del Reino de Dios (los valores del Reino) del que él sería un heraldo, quizá el último y más importante²⁰. Más allá de esta reducción, “el anuncio evangélico -afirma André Fossion- se declina en dos predicaciones: la predicación de Jesús y la predicación sobre Jesús. La primera está enteramente centrada en las bienaventuranzas, en el Reino y en la revelación de un Dios Padre [...] Pero el anuncio cristiano no se limita a retomar la predicación de Jesús. A él pertenece igualmente la predicación sobre Jesús mismo, sobre su obra, sobre su identidad. Esta predicación kerigmática [...] esta predicación pascual invita a reconocer a Cristo resucitado como Hijo de Dios, Salvador de la humanidad, abriendo para esta una esperanza inaudita. Invita a recogerse en su nombre, a celebrar la salvación ofrecida y a comunicar la noticia hasta los confines del mundo. *Para su alegría*”²¹.

Creemos que en la actualidad es necesario reforzar este segundo aspecto del anuncio evangélico que es el que da cimiento al primero en la propuesta cristiana. En Jesús mismo se ha revelado la filantropía *ontológica* de Dios y el espacio *eterno* de Dios *en sí* para todos. Este segundo aspecto aun siendo el más costoso de asumir y llevar a la práctica es, sin embargo, el que ofrece la radicalidad de la salvación de Dios para el mundo. Al inicio de nuestra reflexión citábamos el capítulo 20 del evangelio de Juan donde los discípulos, en un contexto litúrgico de encuentro con el Señor, ofrecen su experiencia a Tomás, que *ya sabía* de su vida histórica, pero que *solo* en la confesión de su señorío y filiación divina queda marcado con una esperanza inquebrantable.

Por eso creemos que, desarrollando la predicación testimonial de la *forma Christi* de Jesús, es decir, viviendo su forma mesiánica, el verdadero reto está en *anunciar el Cristo himnico de la liturgia cristiana primitiva* (Filipenses, 1Pedro, Colosenses, Efesios, Apocalipsis) en el que ha quedado expresada la experiencia radical de la salvación dada por Dios, de forma que alcance el corazón del oyente. Estos himnos sitúan la acción

¹⁹ «La nueva evangelización...», 25. Imbelli afirma esto mismo en el prólogo de su libro ya citado: “Mi convicción es que la forma de avanzar hacia una recepción completa del Concilio reside en la dirección que ha señalado la *Dei Verbum*: reconocer en Jesús, crucificado y resucitado, la Palabra de Dios en persona” (*Reavivar la imaginación...*, 18).

²⁰ “La auténtica crisis de la fe radica hoy -afirma K. Koch- en el considerable desenraizamiento de la fe bíblica y eclesial en Cristo” y, citando a Eberhard Jüngel, afirma: “La verdadera contraposición que debemos plantearnos no viene expresada por la fórmula: ‘Jesús sí, Iglesia no’; más bien debería parafrasearse con el tema: ‘Jesús sí, Cristo no’, o bien: ‘Jesús sí, Hijo de Dios no’” («¿Misión o des-misión...», 48-49).

²¹ «Repenser l’évangélisation»: *Nouvelle Revue Théologique* 141 (2019) 593. El subrayado es nuestro y recoge la perspectiva del artículo sobre la razón última de la evangelización en este tiempo donde parece que la tolerancia sería un freno que sería vista siempre como proselitismo. Para el autor es el amor a los otros, *amor que busca su alegría*, el que debería ponerse en el centro, ya que este encuentro con Cristo la produce de forma máxima como afirma el Jesús de Juan (Jn 15,9-11).

histórica de Cristo en su profundidad y extensión real y lo hacen en el contexto del canto comunitario, es decir, de la expresión gozosa de la vida que nuclea y anima a la comunidad.

En este sentido, el anuncio de este Cristo es más amplio que el anuncio del kerigma (misterio pascual) en sentido estricto, y más extenso que la narración evangélica (vida de Jesús), de los que es claro que no se pueden desprender pues de ellos depende. En este Cristo se manifiesta el mundo real de la mística cristiana donde carne y espíritu, historia y eternidad quedan definidos mutuamente, sin tener que excluirse, donde el pléroma de lo humano se desarrolla en una sobreabundancia irreducible a la carne de la historia, pero que es la verdad que la constituye en ultimidad; una mística que no vive de simplemente una historia pasada ni de un futuro por venir, sino de un momento histórico que en la persona del Hijo está eternamente presente y actuante todo momento histórico pasado y futuro. Si tuviéramos que sintetizar los contenidos de este Cristo diríamos que la experiencia cristiana testimonia a Aquel que se ofrece como tronco donde injertar la vida para sobrepasar su peso de mal, pecado y muerte, de forma que nuestro esfuerzo por la justicia y la paz en las relaciones humanas a pequeña y gran escala, siempre atravesado por la frustración histórica, queda afirmado en la vida misma de Dios, y la búsqueda de la plenitud de nuestra vida personal y social, siempre marcadas por la fragmentariedad, el fracaso y la muerte, queda consumada por la participación en la misma vida eterna de Dios.

Así pues, anunciamos no solo al que nos ha traído la ley de la vida cumpliéndola en su misma carne, ley que en lo fundamental ya estaba dada en una lectura amplia de la ley mosaica (Jn 1,17) e incluso en otras experiencias religiosas, sino la gracia y la verdad de Dios mismo como espacio amoroso e infinito de arraigo de nuestra vida. Anunciamos a un Cristo donde pierde poder el dominio de las tinieblas que nos oprimen, esto es, en el que somos arrancados del velo que el pecado ha generado sobre la identidad humana que la hace temerosa de no ser nada y la incita a imponerse sobre los demás, y del velo sobre la acción humana en su mejor versión que se topa de continuo con la desesperación de no cumplir su orientación hacia una humanidad justa (Col 1,13). Anunciamos un Cristo que nos protege en su humanidad eterna, en la que ya estamos escondidos, resucitados, pese a todos nuestros fracasos que quedarán disueltos en la nada frente a la manifestación de su Señorío (Col 3,3-4). Anunciamos a un Cristo frente soberano. Frente a su amor por nosotros nada ni nadie tiene poder (Rom 8,35-39), ni siquiera nuestra propia conciencia de indignidad y pecado (1Jn 2,1; 3,20).

Ahora bien, para ofrecer a este Cristo, la comunidad cristiana se debe sumergir en la mística propia del cristianismo sin quedar presa de una vida que queda cercenada en la ley, aunque sea la ley del amor que termina por reducirse a un genérico 'Dios es bueno y yo tengo que serlo también', la mayor parte de las veces sin influencia real en la vida, ni para consolarla, ni para movilizarla.

Es importante, igualmente, por todo lo dicho, que Cristo aparezca en el anuncio no solo como Palabra de vida ya hecha, sino como *parábola* suscitadora de una vida por hacer, vida que él suscita, moviliza, acompaña y consume, pero cuya forma concreta es inexistente sin la vida del oyente que se acoge a él. Así pues, ofrecemos no la doctrina de Cristo, es decir, una cristología, sino a la persona de Cristo en una relación poética con el

oyente²². Una relación en la que, como en las parábolas, se invite al oyente a entrar en sus ojos y en sus afectos/sentimientos para situar las propias ideas, pasiones, deseos, esperanzas, talentos... y configurar una vida nueva. Se trata de que el oyente, al contacto con la vida de Cristo, sienta aquella intuición que en alguna medida lleva el ser humano en su interior y que, expresada por el mismo Jesús, movilizó a Natanael: “Verás cosas mayores” (Jn 1,50) y donde lo mayor es la plenitud de la vida. El Evangelio ha de ofrecerse, pues, no como una fuerza moral, aunque esto no se pueda eliminar, sino como *la perspectiva que es Cristo para el mundo*, perspectiva salvífica en la que el Señorío de Dios hace crecer la vida de forma sobreabundante, haciéndola recibir “gracia sobre gracia”, situando, ensanchando y dando cauce a las propias posibilidades, muchas veces escondidas hasta para uno mismo.

A esta forma de anuncio se le queda demasiado corta una exposición, aunque sea adaptada a la capacidad intelectual y cultural de los oyentes, de un Cristo ya hecho, haciéndose necesaria, como decíamos, un Cristo como parábola que dé la Palabra y pueda ensanchar su propio cuerpo en crecimiento hasta su manifestación gloriosa en coincidencia con la creación, “cuando haya aniquilado todo principado, poder y fuerza” (1Cor 15,24) contrarios al designio de Dios para nosotros.

Pero, además, nuestro anuncio debe tener conciencia de *ofrecer a Cristo herido*. No me refiero ahora a la vida de los excluidos como lugar de encuentro con Cristo mismo (Mt 25,31-46). Esto deber realizarse en un segundo momento que pertenece a la catequesis de iniciación en la que no puede faltar. Me refiero a la Iglesia que media la presencia de un Cristo herido y, en alguna medida, siempre deformado por el pecado de los creyentes. Nadie debería hacerse la ilusión de creer que puede ofrecer a Cristo coincidiendo con su cuerpo testimonial. Predicamos heridos, humillados por nuestro pecado, y acogidos con misericordia como cuerpo de Cristo para la vida del mundo, a pesar de lo que somos (Rom 7,19-25). Es esta conciencia la que nos posibilita hablar de la misericordia²³ de Dios conocida en primera persona. Es necesario, por tanto, la quiebra de una Iglesia triunfal que se presenta como ejemplo de santidad frente al caos del paganismo. Una Iglesia que se presenta de antemano como puro espacio de santidad (Iglesia triunfante de derechas) o que pretenda conseguirlo a base de testimonio moral (Iglesia triunfante de izquierdas). Nosotros ofrecemos una Iglesia que se reconoce como cuerpo crucificado de Cristo alrededor del cual brota la humildad, la compasión, la hospitalidad y la intercesión... porque sabe que ni coincide ni coincidirá nunca, aunque deba representarlo sacramentalmente, con el Cristo que anuncia como verdadero salvador. Eso significa que Cristo nunca será visible en su forma real última en un primer momento, pues tendrá como forma la carne de su Iglesia. Aquí se descubre que la humildad que se nos pide en el anuncio es una pálida sombra de la humildad que expresa Cristo mismo al someterse en su venida actual al mundo a la carne de su Iglesia.

Finalmente, es necesario comprender que *ofrecemos la salvación de Cristo en forma sacramental*. Esto significa que todos los signos y las palabras que acompañan y en los que se expresa el anuncio cristiano están sostenidos por la resurrección de Cristo a la que solo tenemos acceso en la fe. Las palabras y acciones de vida que ofrecemos, por más

²² John Dominic Crossan en su obra *El poder de la parábola* (Madrid 2014) ha resaltado esta configuración del Evangelio, aunque su obsesión por lo histórico y lo *no-histórico*, sobre todo, termina por dar una forma excesiva esta dimensión francamente necesaria.

²³ Evidentemente sin que esto se convierta en una justificación del pecado o una excusa para detener la continua reforma de estructuras y comportamientos que la Iglesia necesita. Si alguien dedujera esto de mi exposición es que no me habría sabido expresar.

suscitadoras de vida que sean, nunca tendrán realidad histórica plena ya están afectadas por el poder de la finitud y del mal que no podemos arrancar de nuestro mundo. En este sentido, como las palabras y los milagros de Jesús, todo queda puesto en entredicho por la muerte y el pecado del mundo, porque lo que anunciamos es que en Él vence la vida de Dios y esto no es real en la intrahistoria. Es necesario pues, sobrepasar la primera parte del Evangelio y asumir el anuncio pascual como lugar definitorio de la experiencia cristiana. Hay que asumir un radical y permanente incumplimiento histórico so pena de frustrar continuamente expectativas, y hacer que sea “la esperanza de gloria prometida” (Ef 1, 17-19) en el cuerpo resucitado de Cristo la que movilice la creación de signos concretos de esta gloria futura que es el amor de Dios en su exuberancia sin fronteras.

La celebración eucarística del misterio pascual, que hay que decir que debemos reaprender a realizar en sus formas de acción y participación, es necesaria como lugar de encuentro con el Cristo pascual que sostiene la vida cristiana²⁴, como apuntábamos al referirnos a la consumación de la fe de Tomás. Es sobre el altar donde se encuentra el Cristo vivo que nos vivifica y bajo el altar donde se siembra la vida y se espera su consumación verdadera (Ap 6,9-11).

La vivificación del anuncio

En nuestro recorrido hemos intentado mostrar no solo las características del anuncio de Jesucristo que creemos que deben ser tenidas en cuenta en el momento actual, sino cómo estas solo pueden realizarse en la medida en que se produzca una reconfiguración del mismo cristianismo en la forma estructural de ser vivido. En este sentido, el anuncio, si se toma en serio, es un lugar radical de regeneración eclesial. Y este, creemos, es el origen de la afirmación tan repetida en el magisterio del papa Francisco y en el amplio campo de su recepción de que es la misión la que reforma la Iglesia, de que solo una Iglesia en salida termina por ser la Iglesia del Señor. No se trata pues solo de que la Iglesia tiene su razón de ser como lugar de extensión de la misión de Cristo para el mundo, sino también de que es el considerar esta misión en su más profundo ser lo que continuamente lleva a la Iglesia a su forma verdadera.

El cardenal Kasper hablaba, como hemos dicho, de la necesidad de un salto hacia adelante que exponga al cristianismo a Cristo y allí mismo se *resetee*, digamos nosotros con lenguaje actual. Esto significa que solo vivificarán el anuncio, lo sacarán de su colapso, quienes se expongan a Cristo en su carne y sangre, aunque deban desnudarse de tanto ropaje histórico sin el que apenas sabemos movernos y que, a la vez, nos tiene paralizados ya que una parte importante de la riqueza de nuestra historia se está convirtiendo en un lastre. Vivificarán el anuncio quienes se expongan, sin más protección que la fe en Cristo, a los vecinos de vida escuchando con empatía sus alegrías y dolores, sus deseos, dudas y esperanzas²⁵. No basta citar de continuo el encabezamiento de la

²⁴ “La liturgia debe recrear la situación creyente en la que el Señor llama, y el creyente responde con su *amén*” (E. Bianchi, *Nuevos estilos...*, 101. Puede verse todo el capítulo «Liturgia y evangelización», 83-105).

²⁵ Creemos que una forma significativa de encontrarse con el mundo interior de los ‘vecinos’, además del propio de confusiones y esperanzas, es la lectura atenta de novela, poesía, la visión atenta de lo mejor del cine actual... pues en la atención al mundo de los que expresan el corazón de lo humano de forma artística, más allá de que a veces nos saque de quicio el desorden identitario y el caos organizativo de la vida actual que expresan, se pueden intuir tanto las búsquedas a las que da respuesta el Evangelio, los gritos que reclaman una compasión más ancha

Gaudium et spes, es necesario su concreción particular en los diálogos y acciones comunes de creyentes y no creyentes, donde se susciten posibilidades de encuentro entre el Cristo que busca al mundo en nuestra vida confesante y el que se busca a sí mismo en la vida de los que aún no le conocen, para dar a luz el mundo nuevo que unos y otros esperamos y que determina nuestro más profundo anhelo.

Se hace necesario en este encuentro una lectura y meditación desnuda de la vida y del Evangelio donde Cristo pueda unir ambos mundos. Es esta meditación la tierra fecunda donde pueda nacer una propuesta realmente salvífica de Cristo, pues es en esta meditación donde Cristo nos descubre su potencial salvífico. Hay que “des-mediar” el Evangelio de tantas formas orantes e ideológicas que, aunque sean verdaderas y hayan dado vida y aliento a generaciones enteras, ahora lo retienen. Y esto hay que hacerlo no solo con lo que proviene de la historia antigua, sino también de la historia reciente. Pues el inmovilismo no es patrimonio de los que piensan en el medievo, también se da en los que piensan en el 68 civil o eclesiástico.

Pero además es necesario para desbloquear el anuncio retomar la mirada complacida y compasiva de Cristo sobre los hombres y las mujeres. Esta mirada lastrada por el peso de un juicio moral sobre el mundo en cualquiera de sus formas²⁶ no es capaz de mostrar el amor y la paciencia con el que Dios llama a todos. Es necesario un anuncio de gracia, que vea al otro como alguien amable en sí, pues es esto lo que se le dice, que el amor de Dios le hace amable incluso antes de que lo sea. Es necesario un anuncio que no esté marcado por la necesidad de un sí o un no inmediato, que esté marcado, por el contrario, por la sensibilidad a los tiempos de cada uno, a los posibles caminos incoincidentes con los propios, incluso a los errores²⁷.

Y una vez adquirida esta sensibilidad, o a la vez que se va adquiriendo, hay que desbloquear el miedo a la confrontación, el miedo a la profecía contracultural ya que el Evangelio es siempre un acontecimiento “contrafáctico”²⁸. Ahora bien, esto tiene que nacer de la aceptación real de nuestra situación de minoría sacramental, aceptación sin nostalgias ni resentimientos. Una minoría que ha reconocido la visita de Cristo como humanizador radical de la vida propia, que es idéntica en sus dinamismos básicos con los hombres y mujeres compañeros de historia. Una minoría que habla “en libertad y por amor”. “La verdadera vida cristiana -dice Enzo Bianchi- lleva consigo un mensaje de humanización. La espiritualidad cristiana es, en el fondo, un arte de vivir humanamente.

que la que el mundo puede ofrecer y la alegría que pide consumarse en un final a su altura. Puede verse como ejemplo de reflexión sobre el tema la ponencia de Felisa Elizondo «Leer novela como ejercicio de escucha», en: Instituto Superior de Pastoral, *Invitación a la fe...*, 107-127.

²⁶ Es sorprendente la dureza de algunos grupos tradicionales sobre el mundo y sus gentes. Y es igualmente sorprendente comprobar que la misma dureza se da en los grupos más progresistas sobre algunos intentos de renovación y anuncio de la vida cristiana. Como si unos y otros estuvieran ofuscados por una verdad y una justicia de Dios que solo supiera mirar en blanco y negro.

²⁷ En la canción *Yo también nací en el 53*, Ana Belén decía, y es una buena muestra, aunque no se refiera a ello, de cómo nos podrían mirar si no entramos en esta lógica: “Siempre encuentras algún listo / que sabe lo que hay que hacer / que aprendió todo en los libros / que nunca saltó sin red”.

²⁸ “El Evangelio nunca se amolda ni resulta cómodo. Siempre es escandaloso, siempre desentona” (W. Kasper, «La nueva evangelización...», 30).

Si los hombres perciben que los cristianos tienen una vida buena, verdadera y feliz, el anuncio de Jesucristo llegará de forma casi natural”²⁹.

Y finalmente, lo que termina por necesitarse es decirnos con *parresía*, destrabar la lengua, hablar de nuestra fe en público, empezando por hablar de nuestra fe y lo que supone para nosotros con los nuestros. Hermanos de congregación, hermanos de ministerio, hermanos de familia, hermanos de parroquia... creo que hemos perdido la costumbre y se nos ha olvidado hablar de forma natural de lo que es algo natural en nuestra vida. Hemos introyectado miedos que nos paralizan. Y si no sabemos hablar con naturalidad de la fe entre nosotros, creyentes, todo discurso a los que no lo son sonará artificial e incluso será sentido como ideológico. En este sentido la pregunta que marca nuestra capacidad o incapacidad para evangelizar es: ¿He hablado con alguien de mi vida de relación con Cristo o con Dios en la última semana sin que esto sucediera en un grupo o reunión explícitamente destinada a esto, simplemente porque en esa situación no podía hablar de mi propia vida sin mencionarlo?

Y es que “la fe no es solo escucha, interiorización de la Palabra, es también testimonio de vida; y también confesión, palabra humana viviente, inspirada por el Espíritu de Dios en las circunstancias de la vida”³⁰. Volvemos pues al principio, no son las grandes acciones de grupos selectos o de masas creyentes, sino los creyentes sencillos en comunidades sencillas, pero real y actualmente evangélicas, los que tienen deben tomar la palabra, los que nos deben conducir a una nueva época donde Cristo pueda volver a proponerse sin miedo y con alegría como luz de las gentes.

Publicado en:

C. Martínez Oliveras (ed.),
Seguidores y enviados. La Iglesia en estado de misión
Madrid, Publicaciones Claretianas 2020, 61-100.

²⁹ Citado por C. Flipo, «Notre Eglise au temps de semailles»: *Études* 409 (2008/10) 352.

³⁰ C. Flipo, «Notre Eglise...», 356.